

antiguo judaísmo, tal como se desarrolló en y con el templo de Jerusalén; y así sentimos nosotros aun todos los días la influencia posterior de la obra de Salomón.

Han llegado hasta nosotros los datos acerca del principio y la terminación de las obras del templo, y esta es una prueba de la exacta tradición que podríamos poseer sobre el pasado político de Israel, si los israelitas de la decadencia se hubiesen tomado interés por tales cosas. Según 1. Reyes, 6, 37 y 38, empezó la construcción en el cuarto año de Salomón, en el mes de Zio, y quedó terminada en el undécimo año, en el mes de Bul; pero Salomón estuvo ocupado seis años más todavía en la edificación del alcázar.

De la consagración del nuevo templo nos impone 1. Reyes, 8. Ya indicamos anteriormente que los v. 14-66 son de procedencia deuteronomista, constituyendo una transformación á manera de leyenda del relato más antiguo de dicha consagración, relato que en parte se conserva en los v. 1-13, aunque muy reformado y quizá privado de su final. En los v. 14-66 aparece Salomón como predicador y liturgista de su pueblo, cuyos destinos más lejanos, hasta el cautiverio, prevé y al cual recomienda á la misericordia de Dios; ofrece muchos sacrificios y funda las fiestas de otoño, que duran siete días. Se comprende desde luego que no tiene valor alguno para la historia este trozo que desconoce por completo á Salomón y la significación del templo.

Hemos manifestado también anteriormente que encierra antigua tradición el pasaje del cap. 8, 1-13. Descartando del texto las adiciones posteriores, nos queda la relación de que Salomón, después de terminadas las obras del templo (1), reúne á la nobleza de Israel, y acompañado de ella conduce el Arca en solemne procesión desde la tienda, en la ciudad de David, hasta su nueva casa, el templo, para que proteja al nuevo alcázar del rey, así como había protegido al antiguo. El Arca es colocada en la sala posterior del santuario, el cual se llena de humo en señal de que Dios ha tomado posesión de su nueva morada. En seguida, debió de pronunciar Salomón las palabras que al principio hemos mencionado.

(1) Solo así tiene sentido lo de la conducción del Arca. Extraña por cierto que en 8, 2 se cite como fecha de la consagración la fiesta de otoño en el mes de Ethanim, mientras que, según 6, 38, el templo solo estuvo terminado en el mes de Bul. Como no es probable la hipótesis de que Salomón hubiese aguardado hasta la fiesta de otoño del año siguiente para consagrar el templo y trasladar el Arca, solo podemos deshacer la contradicción que existe entre las dos fechas, admitiendo la hipótesis de que las palabras en *el mes de Ethanim* son una adición inexacta, si bien antigua, á *en la fiesta*, en 8, 2.

Sin embargo, con la colocación del Arca en la sala posterior, solo en parte quedaba consagrado el templo á los fines para que debía servir. Debía ser, asimismo, el lugar de los sacrificios del rey, y era necesario que fuese también consagrado como tal. Si consideramos lo que se nos refiere en 2. Sam., 6, 17, de David, y 1. Reyes, 13, de Jeroboam (2), hemos de deducir que la fiesta de la consagración debió de consistir en un solemne sacrificio ofrecido por Salomón sobre el nuevo altar de bronce; y á uno semejante hace también referencia el Deuteronomista en 8, 62-64, y de él precisamente debió hacer, asimismo, mención en otro tiempo el antiguo relato, v. 1-13 (3).

A las construcciones del alcázar correspondía también la de Mello, merced á la cual cerró Salomón, según 11, 27, el portillo de la ciudad de David. De conformidad con este dato hemos de buscar la situación de esta obra en el punto en que un estrecho estribo del terreno facilitaba, á manera de puente, la comunicación entre el monte del Oeste y el del Este, en el cual estaban el alcázar de Salomón y la llamada ciudad de David; debía, pues, encontrarse Mello al Oeste de esta última y al Sudoeste de aquel. De este modo quedó rematada la fortificación del monte del Este. No nos hemos de figurar á Mello como un sencillo lienzo de muralla, sino como una obra de fortificación cerrada y á manera de torre (4). Su construcción estaba relacionada naturalmente con la del alcázar, y esto nos lo confirma lo que dice el cap. 9, 24, de que la hija de Faraón ocupó su nueva casa en el alcázar de Salomón cuando éste construía á Mello. Ahora bien: por el mismo tiempo ocurrió, según el cap. 11, 27, la tentativa de rebelión de Jeroboam, y por lo mismo, si la cronología egipcia estuviese redactada con mayor fidelidad, este dato nos pondría en situación de fijar más exactamente la época del reinado de Salomón, pues Jeroboam huye, una vez malograda su tentativa, á casa del faraón Sisak (Schischak, en egipcio Scheschek y en griego Sesonchis), fundador de la 22.ª dinastía manetónica. Mas las condiciones de esta cronología nos hacen renunciar á semejante cómputo.

(2) Lo mismo se deduce necesariamente de los pasajes en que se trata de la construcción de un altar, como, por ejemplo, 1. Sam., 14, 33-35.

(3) Merece ser notado que el Deuteronomista ha añadido que sacrificaron los hijos de Israel, sin hacer mención especial de los sacerdotes levitas; presupone tácitamente que los sacrificios debieron ser ejecutados por estos.

(4) En 2. Reyes, 12, 20, se le llama la casa de Mello, y es favorable también á esta hipótesis la analogía del Mello de Siquem.

LIBRO SEXTO

EL PEQUEÑO REINO HASTA OMRI

1. Destronamiento de la dinastía davidica. Separación de Judá del reino.

La dominación de Salomón había pesado duramente sobre el pueblo, y sus efectos habían sido más sensibles todavía para los israelitas de las tribus del Norte, en otro tiempo predominantes y que á la sazón debían contribuir al brillo de Jerusalén y de la dinastía judaíta sin participar de él. Sin embargo, en ellas la aspiración al antiguo modo de ser israelita se manifestaba más viva que en la joven tribu de Judá, tan mezclada con sangre extranjera. Las nuevas vías por donde David había encarrilado el desenvolvimiento de la nacionalidad, debían de ser consideradas por aquellas tribus como una separación de la antigua forma israelita, tanto mayor cuanto que Salomón no había acertado ni á contemporizar con el carácter israelita ni á poner en juego nuevas ideas para sus planes de dominación. Así se apartan las masas de la monarquía en la nueva ciudad israelita, que en todos sus elementos componentes se va convirtiendo cada día más en una monarquía como la de los pueblos vecinos, sin que por eso haya sabido conservar siquiera el poderío nacional alcanzado durante el reinado de David. El pueblo suspira por los buenos tiempos antiguos, cuyas miserias no ha conocido. La tentativa rebelde de Jeroboam, rápidamente sofocada por Salomón, fué ya un síntoma grave del descontento de las tribus del Norte. Un cambio de monarca podía, pues, dar pretexto fácilmente á nuevos conatos de rebelión, en cuyo caso la suerte de la casa de David debía depender de la energía y prudencia del sucesor al trono. La casa de David perdió la soberanía sobre todo Israel, porque el sucesor de Salomón no estuvo á la altura de la situación.

Sobre el destronamiento de la dinastía de David nos informa, en 1. Reyes, 12, 1-20, un relato anteduteronomista, redactado probablemente antes del año 722 (1). Procede este relato de un autor judaíta, y, sin embargo, se expresa más de una vez, desde falsos puntos de vista, desfavorablemente para Roboam. Refiere que este hijo de Salomón ha marchado á Siquem (2), porque allí se había reunido todo

(1) Consúltese la obra ya mencionada varias veces de Bleek, página 243. Los v. 1 y 2 están traspuestos, porque Jeroboam regresa, no á causa de la asamblea popular convocada en Siquem, sino porque ha tenido noticia de la muerte de su enemigo. El v. 2 debe ser rectificado según los LXX A, y borrado el v. 3. En esta forma, resulta el pasaje así: *Y aconteció, que como lo oyó Jeroboam, hijo de Nebat - porque estaba en Egipto, adonde había huido del rey Salomón, - regresó de Egipto. Y fué Roboam á Siquem, porque todo Israel había venido á Siquem para hacerlo rey. Y hablaron así á Roboam. Débese también enmendar según los Setenta el v. 12, y tachar el v. 17, que interrumpe la narración y que no consta en los LXX.*

(2) Ciudad que no hubo de estar mucho tiempo derruida después de su destrucción por Abimelech.

Israel para proclamarle rey. Mas en realidad ya hacia tiempo que Roboam era rey. Entre su subida al trono y el viaje á Siquem median cuando menos algunos meses, pues el antiguo rebelde Jeroboam ha regresado entretanto á su patria desde Egipto. No hay duda que Roboam fué proclamado rey en Jerusalén inmediatamente después de la muerte de Salomón. Israel no era ya una monarquía electiva. Ciertamente que Saul había sido proclamado rey por el pueblo, y que David había sido elegido como tal en Hebrón por los nobles de las tribus y ungido por disposición de estos. Mas en cambio Salomón ya había sido hecho rey por la voluntad de David, á la cual dió fuerza la espada de la guardia real: la monarquía, pues, se había convertido en hereditaria, y por lo mismo no se podía tratar en manera alguna de la elección del rey en la asamblea de Siquem, sino solamente de orillar las diferencias que hubieran surgido.

No era además un procedimiento natural y legitimado por el uso y la práctica, el adoptado por las tribus al reunirse en Siquem. Significaba la usurpación de un derecho que el pueblo ya no poseía desde dos generaciones, y que todo lo más podía ser disculpada por haberlo poseído en otro tiempo. Las tribus debían hacer manifestación de sus deseos y quejas en Jerusalén, y si la convocatoria de la asamblea en Siquem partía de ellas, inferían un agravio al rey. En este supuesto, solo podía ser provechosa aquella asamblea si las tribus estaban decididas á alcanzar por la fuerza, en caso necesario, lo que iban á pretender. Pudiera ser que Jeroboam, que acababa de regresar de Egipto, tuviese su parte en lo que se fraguaba, pero carecemos de toda indicación en este sentido (3).

La situación, pues, era ya crítica cuando Roboam fué á Siquem, y solo con una conducta prudente y discreta podía dar el rey una solución favorable á la crisis. Roboam parecía inclinado en un principio á atraerse á las tribus mediante un proceder conciliador, y esto puede deducirse del hecho de presentarse sin fuerte escolta judaíta en Siquem (4).

Las tribus piden que Roboam les aligere en algo las pesadas cargas que las oprimían en tiempo de Salomón. El rey se toma tres días de plazo para madurar su resolución; esto equivale á media afirmativa, no queriendo aparecer como cohibido accediendo en el acto á la pretensión. Entretanto se podía negociar con algunos jefes de tribus para disponer-

(3) Podría conjeturarse que el mismo joven rey había convocado la asamblea para hacer abortar, por medios pacíficos, una rebelión que amagaba, y que, por deferencia á las tribus de José, había elegido para sitio de la asamblea el antiguo lugar sagrado junto al sepulcro de José; mas no solo falta toda indicación que pudiese justificar semejante conjetura, sino que el proceder ulterior de Roboam es contrario á ella.

(4) Así se explica también su precipitada fuga.

los favorablemente, y no hay duda que esto se hizo. Como lo exigía la importancia del caso, Roboam llama á consejo á sus servidores; de estos, los mas antiguos, encanecidos en el servicio de Salomon, le manifiestan que si en aquel día sirve al pueblo y le dirige buenas palabras, el pueblo le servirá con gusto y le será siempre fiel; mas este consejo es contradicho por los jóvenes amigos del monarca, llamados al servicio de éste despues de su subida al trono. Que estos últimos fueran tan jóvenes como el narrador da á entender, no es muy conforme á la realidad, pues en 1. Reyes, cap. 14, v. 21, se dice que Roboam tenia 41 años de edad cuando empezó á reinar. En el ánimo de estos, pues, predomina la arrogancia frente al proceder atrevido y sedicioso de las tribus, perturbando la serenidad de su juicio, y aconsejan á Roboam que reduzca á los discolos á la obediencia, amenazándoles con mayor severidad, ó como debieron expresarse en su lenguaje figurado, que dijera al pueblo: *El menor dedo de los míos es mas grueso que los lomos de mi padre. Si mi padre os cargó de pesado yugo, yo añadiré peso á vuestro yugo, y si mi padre os castigó con azotes, yo os castigaré con escorpiones.* Por desgracia suya, el rey se decide por el consejo de los compañeros de su juventud. Segun el narrador, así lo habia dispuesto Jehova para que se cumpliera la palabra de Ahías de Silo.

Al tercer día se presenta el pueblo para oír la decision del rey; solo se la puede esperar favorable, y por lo mismo cuando es pronunciada la que aconsejaron los mas jóvenes amigos del rey, estalla con tanta mayor fuerza la tempestad de la indignación. Dícese que se alzó otra vez el antiguo grito:

«¿Qué parte tenemos nosotros con David?
¿Qué herencia con el hijo de Isai?
¡A tus tiendas, Israel!
¡Provee ahora tú solo á tu casa, oh David!»

Se ha supuesto, y no sin razon, que ésta era una erudita reminiscencia del narrador. Aquel grito no está en situacion, pues que el pueblo permanece en el lugar en que se celebra la asamblea, circunstancia que, por otra parte, demuestra que estaba decidido de antemano á imponer su voluntad á toda costa, y que para el caso de una negativa del rey debían existir ciertos pactos, á lo menos entre los jefes de las tribus.

Cuando el rey ve la cólera del pueblo, envía á calmarlo al administrador de las servidumbres, Aduram. Quizá fué demasiado imprudente la eleccion precisamente de aquel hombre, pues el pueblo, irritado, le apedrea hasta matarle á la vista del rey. Este se da prisa á subir á su carro y huye á Jerusalem, y el pueblo, teniendo noticia del regreso de Jeroboam, le llama á la asamblea y le elige por rey.

Así pierde la casa de David la corona de Israel. Solo una tribu, la de Judá — y no como supone inexactamente la narracion histórica posterior, dos tribus, Judá y Benjamin (1), — le permanece fiel. Benjamin, á excepcion de algunos distritos insignificantes del Sur en las cercanías de Jerusalem, perteneció siempre al reino del Norte; y ¿dónde seria entonces mas vivo el odio contra la casa de David, sino en la tribu de Saul y de Simeí? Tambien el narrador bíblico de este pasaje conserva todavía bien marcado el concepto de que el reino de Jeroboam es el verdadero Israel, y Judá la tribu desprendida. Por eso lleva aquel nombre de Israel, no solo hasta su destruccion, sino tambien en la descripcion histórica deuteronomista, donde es el nombre del conjunto de la nacion. En él se efectúa hasta su destruccion el desenvolvimiento de

(1) 12, 20, dice bien terminantemente: *Sin quedar tribu alguna que siguese á la casa de David, sino solo la tribu de Judá.*

las ideas religiosas y políticas, y Judá sigue en esto sus impulsos. Pronto gravita Judá hácia el reino del Norte, no siendo mas que una pequeña parte desgarrada de un gran todo. Solo en el año 722 cambia esta situacion. Ciertamente que en Judá ya se consideraria desde antiguo el destronamiento de la dinastía de David como una desercion de las tribus del Norte; que solo lo veamos confirmado por primera vez en Isaiás (2), podrá ser casualidad, pero no por eso deja de ser una teoría contraria en todas sus partes á la realidad.

2. Consecuencias que tuvo la separacion para los dos reinos.

Las consecuencias de la separacion fueron verdaderamente funestas para toda la nacion. No solo se vió incapacitado Israel para cumplir su mision nacional, de constituirse en un Estado unitario, sino que se perdió tambien lo que, despues del reinado de Salomon, quedaba todavía del poderío conquistado por David, preparándose de este modo la ruina ulterior de Israel, el cual, dividido en dos reinos, ya no poseía la fuerza necesaria para defenderse á la larga contra los arameos. El país se convierte en campo de batalla de invasiones extranjeras. Los Estados vasallos se van desgajando, y se pierden territorios de las comarcas israelitas orientales y septentrionales. En parte por la naturaleza tenaz y vigorosa del pueblo israelita y en parte por la presion ejercida por el reino asirio sobre los arameos, se explica que solo despues de una lucha de cuatro siglos, y solo cuando la gran potencia babilónica se presenta en la lid, se consiga destruir la independencia de Israel.

La pérdida de su mision nacional y la inevitable ruina que se acerca imponen, sin embargo, al pueblo israelita otro desarrollo, merced al cual cumple su mision histórico-universal, la de preparar el advenimiento del cristianismo. Cada nueva etapa en el camino de la ruina nacional es otro avance dentro de este desarrollo. El pueblo de Israel desaparece; mas la religion de Israel triunfa sobre las potencias de la tierra, convirtiéndose de una religion nacional en una religion universal; y precisamente porque la desaparicion del pueblo no se efectúa de un golpe, sino gradualmente, y la ruina del Estado se va preparando al través de los siglos, se sostiene la religion en este movimiento, viéndose obligada á dominar cada vez el efecto de un nuevo contratiempo y alcanzando así una forma en la que consigue sobrevivir á la ruina del Estado (3).

A pesar de que la division del reino llevaba en sí, como hemos expuesto ya, el gérmen de la ruina del Estado y del pueblo israelitas, de ella parte, sin embargo, independientemente del movimiento religioso, otro de muy variados aspectos y que, como desde luego se puede suponer, tiene carácter algo distinto en cada uno de los dos nuevos reinos.

Si la separacion tenia para Judá indudablemente la gran desventaja de que con ella Judá se apartaba del progreso general de la nacion y se veía forzado, por lo mismo, á buscar su propio desarrollo de una manera mas restringida, en cambio ganaba por otra parte una ventaja bastante apreciable. Abandonando las aspiraciones nacionales y consagrándose á la dinastía de su propia tribu, logró Judá una estabilidad política que jamás habia alcanzado Israel. Ciertamente que la dinastía davídica, que aun despues de perdido el trono de todo Israel continuaba reinando en Jerusalem, no poseía ya el brillo de la monarquía nacional — los míseros tiempos

(2) 7, 17, que tiene trazas de un pasaje reformado posteriormente.

(3) Vatek fué el primero que vió manifiesta la significacion de estos hechos.

de Roboam contrastaban lastimosamente con el lustre de los reinados de David y Salomon, — pero en cambio la casa de David robustecía su autoridad precisamente porque se atrevía á resistir la voluntad de Israel, y nació en el pueblo la creencia de que su continuacion era deseada por Jehova.

En cambio, al través de toda la historia subsiguiente de Israel hasta su desaparicion en el año 722, persiste la misma sucesion periódica de revoluciones que hemos encontrado hasta ahora en la historia de los reyes nacionales. A la mayor parte de sus dinastías les pasa lo que á la manasética y á la benjamita: son destronadas ya en su segunda generacion. El hijo del usurpador es exterminado con todos los de su casa por un nuevo usurpador. Tan solo dos de las últimas familias reales, que descuellan marcadamente sobre las demás por la mayor virilidad y capacidad de sus individuos, proporcionan varios reyes: la casa de Omri, 4, y la de Jehu, 5.

En Judá, al revés, domina la sucesion legal, y la casa de David sobrevive á todas las dinastías que la han sustituido en Israel; y solo cuando la israelita Atalía, hija de Acab, irritada por la destruccion de su familia, intenta exterminar la casa de David y consigue apoderarse de la corona durante algunos años, se aclimata tambien en Judá el mal ejemplo de las revoluciones. Sin embargo, estas presentan un carácter completamente distinto de las del reino del Norte. No son pronunciamientos militares, fraguados por un general que, faltando á la fidelidad jurada á su señor, se hace rey en su lugar; son mas bien explosiones de la indignacion del pueblo en vista del desgobierno de algunos soberanos, y no van dirigidas contra la dinastía: el mismo pueblo que destituye al monarca reinante, proclama como tal á su legítimo heredero.

La influencia mayor que ejerce Israel en el desarrollo del conjunto nacional, consiste en el movimiento religioso, y muy principalmente desde que se robustece el movimiento profético. En Judá no se destacan tan marcadamente las antítesis, lo cual se explica por lo mismo que obedece al influjo de Israel. Ciertamente que es arrastrado en la catástrofe de la casa de Omri, producida por el partido de los profetas; con todo, no parece que en Judá estuviere representado, sino en grado muy escaso, el antiguo elemento profético. El antiguo modo de ser israelita, mas apartado de la influencia fenicia, debió de conservarse con mayor fidelidad en Judá, teniendo menos motivos para modificarse; y de aquí que resulte tan monótona su historia comparada con la de Israel, el cual estaba expuesto á mucho mas varios embates é influjos. Mas Israel no alcanzó el puesto de campeón de toda la nacionalidad en lo político y en lo religioso, sino á costa de su temprana desaparicion como Estado.

3. Jeroboam y Roboam.

La insuficiencia de la tradicion que ha llegado hasta nosotros sobre los reyes de Israel posteriores á la division del reino, se manifiesta desde luego y en manera especialmente marcada al tratarse de los dos cuyos nombres lleva el epígrafe de este párrafo. El reinado de ambos fué muy agitado y estuvo preñado de sucesos. No solo se desencadenó la guerra civil entre las dos desiguales partes del reino davídico, pues que ninguna de ellas se queria conformar con esta mutilacion, sino que por primera vez despues de varios siglos, se repitió una invasion egipcia. Sobre la época de estos dos monarcas se nos ha conservado en 1. Reyes, 12, 21-14, 25, un trozo bastante importante, por lo que toca á su extension, pero cuyo contenido es de valor muy desigual, ó por mejor decir, no tiene valor alguno histórico en su mayor parte. Por otro lado, los pocos datos á los cuales se puede conceder

carácter histórico, son escasos y mezquinos, y de todo punto insuficientes.

Solo pueden ser considerados como procedentes de la obra del epitomista, anterior al cautiverio, que refiere la historia de los reyes, los cap. 12, 25-31, 13, 33 y 34, 14, 19 y 20, por lo que se refiere á Jeroboam, y 14, 21-31, respecto de Roboam. De lo que aparece entre los pasajes indicados, los cap. 13, 1-33^a, seguramente, y 14, 1-18, con toda probabilidad tambien, son intercalaciones posteriores y contienen á lo sumo algun grano suelto de verdad histórica (1): quizá la

(1) De Roboam hablan 12, 21-24; de Jeroboam, 12, 25-14, 20, y sigue despues en 14, 21-31 un trozo que tambien se refiere á Roboam, escrito en el estilo del epitomista anterior al cautiverio del Libro de los Reyes. La existencia de dos versículos que tratan ambos de Roboam, no encaja en el plan generalmente seguido por aquel. Uno de ellos debe de ser adición posterior; y en todo caso lo es, y de ningun valor (12, 21-24), la leyenda sobre una tentativa hecha por Roboam para volver á someter á Israel. Esta leyenda es antihistórica porque contradice en todos sus puntos la realidad de las cosas. Segun ella, Roboam reúne á su regreso á Jerusalem 180,000 combatientes de Judá y Benjamin, para con ellos reconquistar la corona. El varon de Dios, Schema, oye la palabra de Elohim que le manda anunciar á Roboam, á toda la casa de Judá y Benjamin y á todo el pueblo, que Jehova les prohibe pelear con sus hermanos los israelitas, pues lo sucedido ha sido dispuesto por él; en vista de lo cual regresan todos á su casa. El revisor del Libro de los Reyes anterior al cautiverio expresa la verdadera situacion de las cosas con estas pocas palabras: *Y hubo guerra entre Roboam y Jeroboam todos los días, 14, 30.* — Mas tambien el trozo que trata de Jeroboam, 12, 25-14, 20, no es de carácter uniforme y solo procede en muy pequeña parte de la pluma del epitomista ya citado. Es desde luego evidente que 13, 33^b: *Y hacia templos de los altos y nombraba sacerdotes de la clase del pueblo; á quien él queria llenaba él la mano, y éste era sumo sacerdote, y 12, 31: Y hacia de los altos templos y hacia sacerdotes de la clase del pueblo, que no eran de los hijos de Leví,* tienen igual origen; ambos pasajes proceden de un mismo trozo, cuyo final primitivo era 12, 31, y cuyo principio 13, 33^b falta. Este trozo fué desgarrado para introducir en él 12, 33-13, 33^a. Dicho pasaje que no pertenece á la narracion primitiva se trasluce como mas moderno por la forma y el contenido. Como continuacion de estas medidas adoptadas por Jeroboam para contrarrestar la peligrosa atraccion del templo de Jerusalem, se nos refiere que este rey instituyó en el día décimoquinto del mes octavo una solemne fiesta en Bet-el, por el estilo de la celebrada en Judá, y que él mismo hizo un sacrificio en el altar que mandó construir. Atribúyese, pues, á dicha fiesta el carácter de protesta cismática contra la solemniada en Jerusalem en el décimoquinto día del séptimo mes, mas ocurre la duda de si primitivamente contenía la intercalacion semejante concepto, pues aparece ahora muy desmañado y plagado de tautologías el contexto de los v. 32 y 33. Quizá en otro tiempo solo se decía en este pasaje que Jeroboam habia celebrado en Bet-el una solemne fiesta, para hacer en ella la presentacion oficial de los sacerdotes nombrados por él y sacrificar en el altar que habia mandado construir. Mientras, pues, — segun el relato bíblico, — Jeroboam está sacrificando junto al altar, como contraste herético con el piadoso Salomon, aparece un innominado profeta judío y anuncia al altar que un descendiente de David sacrificará sobre él á los sacerdotes de los altos y lo profanará con huesos de muertos, y como señal de que esta profecía se ha de cumplir, se quebrará el altar y se derramará la ceniza del sacrificio. Cuando Jeroboam oye estas palabras, extiende el brazo y manda prender al forastero; mas el brazo queda paralizado, de modo que el rey no lo puede doblar, y se quiebra el altar. Jeroboam se humilla á suplicar la intercesion del forastero, merced á la cual recobra su salud. Mas el profeta no acepta la invitacion de Jeroboam para ir á comer á su casa, porque Dios le ha mandado que tan pronto como haya cumplido su cometido, se marche, sin comer ni beber, regresando por camino distinto del que siguió para ir. Em prende, pues, su regreso; pero se deja convencer por otro profeta, que le alcanza en el camino y se lo lleva á su casa á comer, haciéndole creer que Jehova se lo ha mandado así por boca de su ángel. En castigo de su desobediencia, el profeta judío, cuando toma definitivamente el camino de su casa, es muerto por un leon, el cual, sin embargo, permanece luego tranquilo al lado del cadáver y del asno, sin tocarlos. El forastero es enterrado en Bet-el, y el otro profeta, autor de su desgracia, encarga á sus hijos que le entierren á él despues de muerto en el mismo sepulcro. Todo esto es una leyenda bastante moderna y de pésimo gusto, cuyo autor debió de conocer seguramente el pasaje 2. Reyes, 23, 3-15. Entre la continuacion de 12, 31, que se encuentra en 13, 33^b y 34, y el final del trozo referente á Jeroboam, que se halla en 14, 19 y 20, se nos